



Azorin

Cuando contaba la verdad de lo ocurrido en Sevilla

Por fin, voy a contar la verdad de lo ocurrido -dijo Cervantes-. Y os la cuento a vosotras: vosotras sois atentas; sabéis escuchar. Hay ahora en la casa un momento de sosiego. Todo favorece la efusión: el silencio, vuestra solicitud, la tregua de mis achaques. Si se abriera alguna vez un concurso de supuestas aventuras mías, habría que ver el desborde de las imaginaciones. Quien intentara contar este suceso que voy a narraros se metería en un trampal. ¿Quién lo desatollaría? Cuando se cuenta la verdad de lo que ha ocurrido, no se suele contar la verdad ocurrida. Hay que esperar a que otro narrador quiera o sepa contar esa verdad; pero surge ese cronista, y tampoco nos dice lo cierto: así es la historia. Ahora, queridas escuchantes, no estamos en ese caso, esto no será un embaimiento, sino la verdad monda. Han llegado hasta mí referencias múltiples del caso; no podía ser otra cosa, dado lo raro del asunto. Todas las versiones que se rugen por ahí carecen de verdad. Cada cual dice lo que le peta. Hay quien supone que el lance ocurrió en Italia, otros en Sicilia, otros en Argel, otros en Valladolid, otros en Sevilla. Y yo, cuando oigo tales desvaríos, no puedo menos de sonreír. Ni me ocurrió la aventura en ninguno de esos lugares que he citado, ni ocurrido tampoco en los más concretos parajes de que se habla: un teatro, un diversorio, una venta en lo alto de un puerto, un mesón, el claustro de una catedral, una callejita, el sollado de un galeón, el ejido de un pueblo, una casa de estado, un trivio de donde parten tres caminos, un pastoral albergue, una ermita solitaria, la puerta de Guadalajara en Madrid... Veo que estáis sonriendo: no os voy a hacer esperar más. En seguida entro en materia. No esperéis, desde luego, escuchar el relato de una aventura extraordinaria: no sabemos en la vida ni lo que es extraordinario, ni lo que es vulgar: eso lo han de decir los venideros, cuando el hecho haya tenido, en el tiempo, sus derivaciones. (En este punto llega de la cocina el tintineo del almirez; Cervantes se detiene, entabla un diálogo con sus atentas auditoras.)

-¿No os he dicho que compréis un morterito de barro con su majadero de boj? En ese mortero podríais majar sin hacer ruido.

-Hacen ruido majando porque es preciso majar en el almirez.

-¿Y por qué es preciso majar en el almirez?

-Porque hay cosas que no se pueden majar en el mortero de barro.

-¿Y qué cosas son esas?

-Lo que estarán majando ahora: pimienta, por ejemplo. El morterito de barro hace días que lo hemos comprado.

-¡Ah, no recordaba! Se me van las especias: pero del suceso que voy a narraros conservo intactos todos los pormenores. ¿Y sabéis vosotras que estoy por no contaros nada? Dudo un momento: ello por una razón obvia; lo que a mí me parece sustancial, acaso os perezca a vosotras insignificante. No me digáis que no; no mováis la cabeza de un lado a otro y no sonriáis. Conozco lo que es la imaginación femenina: sé que cuando se la estimula, ya no puede contenerse; anda descarriada. Eso puede acontecer en el caso presente. Aparte de que yo os diré la verdad de lo ocurrido, sin veladuras, sin requilorios; luego vosotras le pondréis arrequives que la festonea. Y tendremos una versión más corriendo por el mundo. Antes de entrar de lleno en el asunto deseo, como proemio, deciros algo que me ocurrió estando en una venta, un día que me encaminaba a Sevilla; me aposentaron en un camaranchón, con una cama de tablas. No me importaba a mí el desacomodo del hospedaje; acostumbrado estoy a vivir estrechamente; iba yo devanando en el magín el desenlace de una novela que había comenzado en Madrid: no daba en el quid. De pronto, al asomarme a la ventana y contemplar el paisaje de vastas tierras paniegas, con el verde alcácel por tapiz, vi con toda claridad lo que no podía desentrañar. Y ese episodio era, en verdad, un suceso magno para mí.

(Se oyen fuertes martillazos; vuelve a suspender su relato Cervantes: se cambian preguntas y respuestas entre el narrador y su público.)

-¿Quién da esos martillazos?

-Juan el cerrajero.

-¿Y por qué da martillazos Juan el cerrajero?

-Tú mismo has dicho varias veces que lo llamáramos.

-¿Y para qué hemos llamado a Juan el cerrajero?

-Para que arregle los goznes de la puertecita del corredor.

-¿Tiene algo que arreglar la puertecita del corredor?

-Lo has visto tú mismo infinidad de veces.

-¿Qué es lo que he visto yo?

-Has oído que chirriaban los goznes y has visto que estaban herrumbrosos.

-¿Y por eso habéis hecho que venga Juan el cerrajero?

-Supongo que no querrías que viniera para otro menester ajeno a su oficio.

-¡Ah, es verdad! Tan verdad como lo que voy a contaros; os lo estoy contando hace una hora y todavía no he pasado del introito. Debéis perdonarme: suelo tener estas olvidanzas. Digo olvidanzas, a lo antiguo, cuando había caballeros andantes, porque me acuerdo de mi Don Quijote. Y me acuerdo porque cuando Sancho, después de dimitir su cargo de gobernador, emprendió el camino y cayó en una sima, escribí que andaba por sus profundidades "a veces a oscuras y a veces sin luz". Quería yo decir que siempre caminaba envuelto en las tinieblas: no lo dije. Eso me va a pasar ahora: querré decir una cosa y la diré redundantemente, si es que, al cabo, logro desembuchar. Vamos a ver, ¿cómo os figuráis vosotras que es la aventura que os voy a contar? Sabéis lo que se corre por ahí: no seréis tan candorosas que prestéis asenso a las hablillas del vulgo, esos reportes son senei-[...]

-Las de la estación.
-Y ahora ¿en qué estación estamos?
-Pero, Miguel, ¿es que no sabes el día en que vives?
-¿Es que lo sabéis vosotras?
-Nosotras sabemos que hace un siglo que nos estás principiando a contar la verdad de lo ocurrido, y que esa verdad no llega.
-Si vosotras, como acabas de decir, hacéis un siglo de lo que es un momento, entonces no sabéis tampoco el día en que vivís. Pero continúo con mi relato. Las flores que vende ese florero me contraen a la realidad; vais a ver de qué modo. En las numerosas versiones del suceso que voy a narrar, desempeña un papel importante una flor. ¿Qué flor era esa? Unos dicen que [...]
AZORÍN

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

